

MERYL STREEP

SIEMPRE ELLA



PENÍNSULA HUELLAS

MICHAEL SCHULMAN

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Mary
Julia
Constance
Isabella
Fredo
Linda
Joanna
Personajes secundarios
Agradecimientos
Láminas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

1975: una joven y prometedora recién graduada de la escuela de teatro de Yale busca su sitio en la escena teatral de Nueva York. Llena de ambición, no destaca, al principio, entre las docenas de aspirantes a actor de la época: es una belleza de veintitantos que va en bicicleta a todas partes, escribe un diario, dormita antes de actuar y sale hasta tarde con otros actores. Y, sin embargo, Meryl acaba sobresaliendo entre todos. En su primera temporada en Nueva York consigue papeles en Broadway, nominaciones a los Tony y un hueco en las representaciones de Shakespeare en Central Park.

Meryl Streep es una mirada íntima a los inicios artísticos de una de las mejores actrices de su generación, desde sus primeros años sobre el escenario de Vassar y Yale a los papeles de *El cazador*, *Manhattan* y *Kramer contra Kramer* que la convirtieron en estrella en. También a su apasionado romance con el actor John Cazale y su matrimonio, pocos meses después de la muerte de Cazale, con el escultor Don Gummer. Esta es, al fin y al cabo, la historia de cómo se gestó y llegó a su plenitud una de las carreras artísticas más reverenciadas de nuestro tiempo y una mirada única a la vida de una mujer en el momento en el que estaba a punto de convertirse en lo que es hoy: un icono.

Meryl Streep
Michael Schulman

Siempre ella

Traducción de Yolanda Fontal

ediciones península

Para Jaime

¿Puedo decir algo? No hay una mejor actriz. No existe la mejor actriz viva. Me encuentro en una posición en la que tengo acceso a información secreta, ya sabe, así que sé que es cierto.

MERYL STREEP, 2009

PRÓLOGO

No todas las estrellas de cine se crean del mismo modo. Si se atrapara a todo Hollywood en ámbar y se lo sometiera a estudio, como si fuera un antiguo ecosistema enterrado bajo capas de sedimentos y de roca, se descubriría un entramado de jerarquías tácitas, ambiciones frustradas y concesiones disfrazadas de decisiones profesionales. El mejor momento y el mejor lugar para llevar a cabo esta investigación arqueológica sería, sin lugar a dudas, a finales del invierno en el número 6801 de Hollywood Boulevard, donde se entregan los premios de la Academia.

Ahora, obviamente, los Óscar están poblados tanto de estrellas de cine como de sus adláteres: publicistas, estilistas, corresponsales de la alfombra roja, estilistas y publicistas de los corresponsales de la alfombra roja... El nominado es como el casco de un navío que alberga una pequeña población de percebes. Para cuando se abre paso entre las hordas de fotógrafos, agentes de prensa y ayudantes que intentan no salir en el plano, ha soportado meses de almuerzos, proyecciones y especulaciones. A continuación, un azafato de confianza lo guiará a través de la maraña hasta la sala donde su destino se encuentra guardado en un sobre.

La 84.^a edición de los premios de la Academia no es diferente. Se celebra el 26 de febrero de 2012 y la escena fuera del Teatro Kodak es un pandemonio formado por una infinidad de piezas microgestionadas. Los espectadores gritan desde las gradas mientras aguardan a un lado de un arco triunfal por el que van llegando los candidatos en una sucesión coreografiada. Engominadas personalidades de la

televisión aguardan con preguntas: ¿están nerviosos?, ¿es la primera vez que acuden?, ¿de quién van vestidos? Hay estrellas consagradas (Gwyneth Paltrow, con una capa blanca de Tom Ford), nuevas candidatas (Emma Stone, con un lazo rojo al cuello de Giambattista Valli más grande que su cabeza). Si uno se fija, también hay hombres: Brad Pitt, Tom Hanks, George Clooney. Por alguna razón, hay una monja.

Sin embargo, la mayor parte de la atención la acaparan las mujeres, y la nominada a mejor actriz está sometida a un escrutinio especial. Están Michelle Williams, con aspecto de duendecillo y un elegante vestido rojo de Louis Vuitton; Rooney Mara, una princesa punk con un vestido blanco de Givenchy y un flequillo negro imposible; Viola Davis, ataviada con un brillante vestido verde de Vera Wang, y Glenn Close, nominada por *Albert Nobbs*, que parece taimadamente andrógina con un vestido de Zac Posen y una chaqueta de esmoquin a juego.

Sin embargo, la quinta nominada se lo va a poner muy difícil a las demás. Cuando llega, como un monarca acude a saludar a sus súbditos, su aspecto proyecta victoria.

Meryl Streep viste de dorado.

Lleva, concretamente, un vestido de lamé dorado de Lanvin, que envuelve su cuerpo como la túnica de una diosa griega. Los complementos son igual de llamativos: unos pendientes largos de oro, un *minaudière* de nácar y unas sandalias de lagarto doradas de Salvatore Ferragamo. Como señalan no pocos comentaristas, ella misma no parece muy diferente a un Óscar. Un blog de moda pregunta: «¿Está de acuerdo en que nunca ha tenido mejor aspecto?». ¹ Con lo que se quiere insinuar que no está mal para ser una mujer de sesenta y tres años.

Sobre todo, el atuendo dorado dice una cosa: «Es mi año». Pero ¿lo es?

Pensemos en las probabilidades. Sí, ya ha ganado dos Óscar, pero la última vez fue en 1983. Y aunque ha estado nominada diecisiete veces, una cifra récord, también ha

perdido en catorce ocasiones, lo que la sitúa cerca de Susan Lucci.* Meryl Streep está acostumbrada a perder en los Óscar.

Y pensemos en la película. Nadie cree que *La dama de hierro*, en la que interpreta a una vociferante Margaret Thatcher, sea una joya cinematográfica. Aunque su actuación tiene todos los ingredientes para ganar un Óscar (un personaje histórico, prótesis de envejecimiento, trabajo de acento), se trata de las mismas cualidades que la han encasillado durante décadas.

A. O. Scott lo expresa de este modo en su crítica en *The New York Times*: «La señora Streep, con las piernas rígidas y los movimientos lentos, y oculta tras una tonelada de maquillaje geriátrico aplicado de forma discreta, ofrece una vez más una actuación técnicamente impecable que también parece revelar la esencia interior de una persona famosa». ² Palabras bonitas, pero que, hiladas, revelan cierto cansancio.

Mientras arrastra a su marido, Don Gummer, por la alfombra roja, un reportero de espectáculos le pone un micrófono en la cara.

—¿Se pone nerviosa en alfombras como esta, aunque sea una profesional?

—Sí, tendría que oír mi corazón, pero no tiene permiso —responde secamente.

—¿Lleva algún amuleto de la suerte? —insiste el reportero.

—Sí —responde de forma algo impaciente—. Llevo unos zapatos de Ferragamo porque él fabricó todos los de Margaret Thatcher. ³

Se vuelve hacia las gradas, hace un pequeño baile con los hombros y el público la aclama entusiasmado. A continuación, toma de la mano a su marido y se dirige hacia el interior.

No serían los premios de la Academia si no fueran interminables. Antes de poder descubrir si es la mejor actriz del año, tendrá que soportar una serie de formalidades. Billy Crystal hará su numerito. («No hay nada mejor para aliviar los problemas económicos del mundo que ver a los millonarios regalarse estatuillas doradas unos a otros.») Christopher Plummer, a sus ochenta y dos años, se convertirá en la persona de más edad nominada en la categoría de mejor actor secundario. («Cuando salí del útero de mi madre, ya estaba ensayando mi discurso para la Academia.») El Cirque du Soleil ofrecerá un tributo acrobático a la magia del cine.

Finalmente aparece Colin Firth para presentar el premio a la mejor actriz. Cuando recita los nombres de las nominadas, Meryl respira profundamente mientras sus pendientes dorados bailan sobre sus hombros. Proyectan un breve vídeo de Thatcher reprendiendo a un dignatario estadounidense («Y ahora haré de madre. ¿El té cómo le gusta, Al?») y a continuación Firth abre el sobre y dice con una sonrisa: «Y el Óscar es para Meryl Streep».

El discurso de aceptación de Meryl Streep es una obra de arte en sí mismo: a un tiempo espontáneo y preparado, humilde y altivo, agradecido y displicente. Obviamente, el hecho de que haya pronunciado tantos es parte de la gracia. ¿Quién, salvo Meryl Streep, ha ganado tantos premios como para que la autocrítica despreocupada se haya convertido en su gag habitual? Es como si el título de mejor actriz viva estuviera ligado a ella como el de reina de Inglaterra a Isabel II. Los superlativos se adhieren a ella como chincheatas: es una diosa entre los actores, capaz de meterse en cualquier personaje, de sobresalir en cualquier género y también, por supuesto, de clavar cualquier acento. Lejos de caer en la habitual obsolescencia después de cumplir los cincuenta años, ha desafiado los cálculos de Hollywood y

logrado un nuevo hito en su carrera. Ninguna otra actriz nacida antes de 1960 puede conseguir un papel a menos que Meryl lo haya rechazado antes.

Desde sus primeros papeles a finales de los años setenta, es famosa por las pinceladas infinitamente matizadas de sus caracterizaciones. En los ochenta fue la heroína viajera de dramas épicos como *La decisión de Sophie* y *Memorias de África*. Insiste en que los noventa fueron un paréntesis. (Fue nominada cuatro veces a los Óscar.) Le gusta señalar que, el año en que cumplió los cuarenta, le ofrecieron la posibilidad de interpretar a tres brujas diferentes. En 2002, protagonizó la inclasificable *El ladrón de orquídeas* de Spike Jonze. La película pareció liberarla de la rutina temporal en la que estaba inmersa. De pronto podía hacer lo que le apeteciera y hacerlo como si se tratara de una broma. Cuando al año siguiente ganó el Globo de Oro, parecía casi perpleja. «¡Oh!, no he preparado nada porque no gano nada más o menos desde el Pleistoceno», dijo mientras se tocaba con los dedos el flequillo sudoroso.⁴

En 2004, cuando ganó un Emmy por la adaptación televisiva de *Ángeles en América*, de Mike Nichols, su humildad se había convertido en un travieso exceso de confianza («Hay días en que pienso que estoy sobrevalorada, pero hoy no»).⁵ Los éxitos y el tono irónico de los discursos de aceptación se sucedieron: un Globo de Oro por *El diablo viste de Prada* («Creo que he trabajado con todos los aquí presentes»),⁶ un premio del Sindicato de Actores por *La duda* («¡Ni siquiera me he comprado un vestido!»).⁷ No tardaría en dominar el arte de competir con su propia popularidad, socavando su supuesta superioridad al tiempo que la exhibía abiertamente.

Por eso, cuando Colin Firth pronuncia su nombre en el Teatro Kodak, es un regreso a casa gestado durante tres décadas, una señal de que la rehabilitación profesional que había comenzado con *El ladrón de orquídeas* ha alcanzado

su cenit. Al oír el nombre de la ganadora, se lleva la mano a la boca y niega con la cabeza como si no diera crédito. Con el público en pie, da dos besos a Don, coge su tercer Óscar y retoma la consagrada tradición de restarse importancia.

«Oh, Dios mío, venga ya», empieza diciendo mientras acalla al público. A continuación se ríe de sí misma: «Cuando he escuchado mi nombre, he tenido la sensación de que medio Estados Unidos decía: “¡Oh, no, ella otra vez! Venga ya, ¿por qué? Ella... otra... vez”». ⁸

Por un momento parece que realmente la afecta la idea de que medio Estados Unidos esté decepcionado. Entonces se ríe burlescamente y dice: «Pero... da igual».

Tras haber roto la tensión con una impecable broma, pasa a los agradecimientos.

«En primer lugar, quiero dar las gracias a Don —dice afectuosamente— porque, cuando das las gracias a tu marido al final del discurso, lo tapan con la música, y quiero que sepas que lo que más valoro en nuestras vidas me lo has dado tú.» La cámara enfoca a Don, que se lleva la mano al corazón.

«Y en segundo lugar, a mi otro compañero. Hace treinta y siete años, en mi primera obra de teatro en Nueva York, conocí al gran peluquero y maquillador Roy Helland, y hemos trabajado juntos casi continuamente desde el día que nos vimos por primera vez. Su primera película conmigo fue *La decisión de Sophie* y me ha seguido acompañando hasta esta noche —se le quiebra la voz durante un instante— en que ha ganado por su maravilloso trabajo en *La dama de hierro*, treinta años más tarde.» Con una seguridad thatcheriana, subraya cada palabra con un golpe de karate: «En cada película desde entonces».

Vuelve a cambiar de tono y continúa: «Quiero dar las gracias a Roy, y también quiero dar las gracias porque entiendo que nunca volveré a estar aquí. —Lanza una mirada de reojo casi imperceptible que parece decir: “Bueno, ya

veremos...”—. Quiero dar las gracias a todos mis colegas, a todos mis amigos. Os miro ahí sentados y veo mi vida ante mis ojos: mis viejos amigos, mis nuevos amigos».

Su voz se suaviza a medida que se acerca al gran final: «Realmente es un gran honor, pero lo que más cuenta para mí es la amistad, el cariño y la felicidad que hemos compartido haciendo películas juntos. Amigos míos, los que se han ido y los que siguen aquí, gracias por esta carrera inexplicablemente maravillosa».

Al decir «los que se han ido», mira hacia arriba y levanta la palma de la mano hacia el cielo o, al menos, hacia el sistema de iluminación del Teatro Kodak, donde acechan los espíritus del mundo del espectáculo. Puede que tenga en mente a algunos de sus fantasmas. Su madre, Mary Wolf, que murió en 2001. Su padre, Harry, que murió dos años más tarde. Sus directores: Karel Reisz, que la eligió para *La mujer del teniente francés*; Alan J. Pakula, que la convirtió en la estrella de *La decisión de Sophie*. Sin duda piensa en Joseph Papp, el legendario productor teatral que la sacó del anonimato tan solo unos meses después de que acabara sus estudios en la escuela de arte dramático.

Sin embargo, cuesta imaginar que en este momento, tras alcanzar otro hito en su carrera, no piense en sus orígenes y en sus comienzos, tan ligados a John Cazale.

Han pasado treinta y cuatro años desde que lo vio por primera vez y treinta y seis desde que se conocieron interpretando a Angelo e Isabella en una puesta en escena de *Medida por medida* de Shakespeare en el Parque. Noche tras noche, en medio de aquel sofocante calor estival, le suplicaba que mostrara clemencia por su hermano condenado: «¡Perdonadlo, perdonadlo! No está preparado para la muerte».⁹

John Cazale fue uno de los grandes actores de reparto de su generación y es uno de los más olvidados. El inolvidable Fredo de las películas de *El Padrino* fue el primer gran amor de Meryl y su primera pérdida devastadora. De